



## El Milagro de las Cosas Hechas Nuevas

El Hijo del Hombre hace un milagro de novedad ante nuestros ojos en cada Misa a la que asistimos. Cuando el sacerdote dice las palabras de Jesús habladas en la Última Cena, la *sustancia* del pan y vino (lo que realmente son en el profundo nivel de su ser) cambia instantáneamente en perfecta obediencia a Su mandato divino. Se convierten en lo que el “Creador de todo lo visible e invisible” quiere que sean: el Cuerpo y la Sangre de la Palabra Hecha Carne.

Ni uno de nuestros sentidos puede discernir esta transformación, porque las apariencias de pan y vino (su aspecto, su sensación, su sabor) permanecen reconociblemente *sin* cambios. Sin embargo bajo la superficie, todo sobre estos elementos se ha transformado en la Presencia Real de Cristo. La Iglesia llama a este milagro *transubstanciación* para transmitir la verdad que nos deja Jesús en el Evangelio de Juan: “El pan que yo daré es Mi Carne” y “Mi Carne es verdadera comida y Mi Sangre es verdadera bebida”.

Todo sucede en un instante— demasiado rápido y demasiado profundo para que nuestros ojos terrestres lo sigan. Solo se puede confiar en lo que oyimos: “Este es mi Cuerpo. Esta es mi Sangre”. Si creemos que Jesús es la verdad, entonces la transubstanciación debe ser verdadera.

La transubstanciación sucede porque Jesús es *consustancial* al Padre, “El Creador del cielo y la

tierra”. Al principio, la Biblia nos dice que, para hacer existir algo que no existía antes, el todopoderoso Creador solo tuvo que decir la palabra: “Dijo Dios: ‘Haya luz’, y hubo luz”.

Por el simple poder de Su Palabra sobre “todo lo visible e invisible” este mismo Creador del Mundo puede cambiar algo que *ya* existe como una cosa en otra cosa completamente diferente. Así también hizo Jesús por puro hablar cuando Él cambió la sustancia del agua en vino en la boda de Caná y la sustancia de vino en Sangre en la Última Cena.

El pan y vino no pueden resistir la palabra del Creador del Mundo; no son libres de desobedecer. Ustedes y yo, sí somos—y lo hacemos. Un abismo interior que no podemos cruzar por nuestras propias fuerzas nos bloquea la salida del pecado y nos mantiene cautivos de la miseria y la culpa. Sólo el perdón divino nos da libre paso a la paz.

Esta triste condición humana hace que la transubstanciación de pecador a santo sea la obra de toda una vida de arrepentimiento provocado por la gracia, porque el mandamiento transubstanciador de Jesús (“Si me amas, guarda mis mandamientos”) tiene que abrirse camino a través de nuestra enredada y autodestructiva historia de libertad.

El sacerdote dice, “te absuelvo de tus pecados”; pero el penitente que sale del confesionario es reconociblemente la misma persona que entró. Las apariencias externas permanecen iguales, pero la misericordia del Redentor hace que de repente la sustancia interior sea nueva, ya que Su palabra del perdón cancela completamente la deuda de culpa que debemos por nuestros pecados.

Al igual que con el Sacramento de la Eucaristía, así con el Sacramento de la Penitencia, debemos tomar la Verdad de Su palabra. El Jesús que dijo a los Apóstoles, "Este es Mi Cuerpo", es el mismo Jesús que les dijo, "Cuyos pecados perdonen, son perdonados". Solo los ojos de la fe pueden discernir la fuerza salvadora de estas palabras milagrosas. Seríamos prudentes en dejarnos escucharlas a menudo en el año que se abre ante nosotros.